

CAPÍTULO 2

El más allá y la descorporeización

Para continuar desempolvando el hilo conductor que conecta la prehistoria con la ideología corporal católica —que es indiscutiblemente similar a la mayoría de convenimientos religiosos en lo relativo a un alma y a un dios, ya que la creencia en una realidad espiritual es una característica poderosamente transcultural de la especie humana—, resulta oportuno referirse a un caso protohistórico que puede acoplar aún más los episodios de estos anales somáticos. Se trata de una cultura henoteísta que con los siglos se transformaría en monoteísta e influiría notablemente en la religión judeocristiana en cuestión: la egipcia. Esta sociedad fue reconociendo gradualmente una fuerza natural como la deidad más importante, a la que se le adjudicaría con justa razón la responsabilidad de posibilitar la existencia de todas las criaturas en sus confines: el *sol*²⁴. Este fue representado como un disco del que salían rayos que finalizaban en manos²⁵

33

²⁴ El sol fue, a lo largo y ancho del mundo, la deidad por excelencia de todas las culturas en la Prehistoria y la Antigüedad, y de muchos monarcas que se hicieron adorar como hijos del astro. Y por supuesto, la cultura católica no escapó al influjo transcultural de la heliolatría. La fecha del nacimiento de Cristo (25 de diciembre), por citar un plagio entre muchos, fue establecida por la Iglesia católica mucho tiempo después (a comienzos del siglo IV) para hacer coincidir la fecha con la de *Mitra* o *Sol invicto* (más adelante, entre las páginas 58 y 60, se amplía la relación mítica del dios Sol con Jesucristo, entre muchas otras concordancias).

²⁵ Las manos eran representadas con una cruz ansada (*anj* en egipcio), un jeroglífico que significaba “llave de la vida”. Asimismo, simbolizaba un continuo ciclo de muerte y resurrección, pues se creía que el sol moría cada día al atardecer y regresaba vivificado cada mañana; y este mismo acontecimiento se repetía cada año en mayor magnitud durante el solsticio de invierno. De modo que todas las culturas han tenido sus respectivos íconos, reliquias, tótems, amuletos, talismanes, piedras y demás objetos y símbolos considerados sagrados y con supuestos atributos mágicos o espirituales capaces de alterar el curso del destino si se recurre a ellos. Los católicos tienen también muchos fetiches: el corazón

dispuestas a recibir las ofrendas para entregar a cambio luz y vida (fetichismo propio de todas las sectas y religiones), dando lugar a que el amor a la naturaleza, la alegría de vivir y el pacifismo fueran las características más representativas de esta nueva fe. ¡Cuánta sabiduría!

Pero 18 dinastías henoteístas después (siglo XIV a. C.), esta estrella ocuparía un lugar supremo en el Partenón egipcio con el nombre de Atón a la llegada del rey Amenofis IV al poder (1353-1336 a.C.), quien reconocería durante sus 17 años de imperio a Atón como único dios, haciéndose llamar Akenatón (“útil a Atón”), lo que conllevó una revolución radical en el sistema de creencias y lo convertiría en el primer reformador religioso del que se tiene registro histórico. Un monoteísmo (parcial)²⁶ que aprovechó hábilmente con fines políticos para reinar sin límites, mientras disminuía drásticamente las inmensas cotas de poder político de los sumos sacerdotes (especialmente el clan más opulento, el que veneraba al dios Amón), les rebajaba la asignación de recursos y les confiscaba las riquezas que atesoraban, como tierras, ganado y siervos. Y no suficiente con esto, mandó a eliminar todas las imágenes humanizadas de dioses que estaban representadas en esculturas, relieves, muebles y otros enseres. Al descorporeizar a ese dios —sin más formas animales y antropomórficas— dejó al pueblo sin recursos imaginativos para creer en algo concreto, lo

rojo, flameante y luminoso; la cruz, la hostia, el pez, la paloma, la palma, el cordero, el vino, etc.

²⁶ No solo porque estos cambios perduraron muy pocos lustros (hasta la época en que empezó a reinar su hijo Tutankamón), sino porque en esos tiempos el egipcio corriente también seguía encomendándose a sus antiguas deidades, aunque Atón fuera el dios oficial del faraón y de sus súbditos.

que hizo que sus habitantes tuvieran que hacer grandes esfuerzos para abstraerlo, resignificarlo y poder acceder a él; esto le granjeó el calificativo de “rey hereje” por parte de la hierocracia del momento. No obstante, para suplir ese vacío espiritual, el faraón puso su figura y la de su familia en la iconografía egipcia, pero sin imágenes heréticas e intimidantes sino congraciantes con el pueblo, volviéndose así en el motivo central de las representaciones artísticas y proclamándose como el único puente entre los mortales y el dios Atón²⁷, es decir, como un “vicario” que conocía más que nadie cómo interpretar la doctrina para llegar a su dios y pasar a una mejor vida. Asimismo, su generosidad y bondad la encarnó y proyectó en esta deidad haciendo de él mismo otro dios igualmente bondadoso, benévolo y piadoso, como un padre²⁸, al extremo de suprimir el culto a una de las divinidades más importantes, Osiris, el dios de los muertos y la resurrección, pues el destino en el más allá debía depender de la lealtad al soberano. Por ello, los súbditos buscaron hacer una gran parafernalia de atenciones y ofrendas para garantizarle una vida terrenal y eterna a este divino intermediario o semidiós²⁹ que se había convertido en su horizonte de

²⁷ Siglos más adelante la Iglesia católica instauraría en su seno el título papal de “pontífice” (del latín *pōns*, *pōntis*, “puente” y el sufijo *-ifice*, “constructor”), es decir, el que construye puentes entre los mortales y Dios. A los papas también se les llamó “vicediós” (del latín *vice*, “en vez de”, y Dios.) Por eso, el sumo pontífice y los demás clérigos se autoproclaman como los únicos depositarios e intérpretes plenipotenciarios de la palabra de Dios.

²⁸ A propósito, la voz titular “papa” proviene del latín *pāpa* y el latín del griego *páppas*, “papá”, “papaíto”, hipocorístico infantil de “padre”... ¿Entienden, “hijos míos” (como dicen los curas), la intención de tal denominación? Así es, se trata de crear un efecto paternalista, una dependencia clerical.

²⁹ Y en muchas más culturas se emplearía la misma receta. Para el caso que nos ocupa, juzguen por sí mismos esta enseñanza: “Los papas, como Jesús, son concebidos por sus madres al ser cubiertas por el Espíritu Santo. Todos los papas son una especie de

vida, asegurando con esto una existencia plena en el tras-mundo... ¡Cuánta viveza! Por esto, la riqueza y complejidad del tánatos egipcio³⁰ es el clásico ejemplo de aquel “empecinamiento ontológico universal”³¹ que ha llevado a los humanos a querer vivir para siempre. El alma se constituye, entonces, en la fórmula mágica para salirle al paso a este inevitable “problema”, de tal forma que se pueda garantizar una dichosa vida de ultratumba al lado de los seres queridos bajo el cuidado celoso de un dios paterno. Efectivamente, se trata de un empecinamiento que se encuentra presente en todas las religiones del mundo y del que se desprende toda una serie de especulaciones, tradiciones, rituales, arquetipos e intereses en torno al hecho de la muerte.

36

Este obstinado deseo de perpetuar la vida, de seguir siendo, de ser inmortales para siempre jamás, se originó fundamentalmente por miedo a ese destino incierto y abisal conocido como la “muerte” (también llamada corrientemente como “parca”, “hora suprema”, “partida”, “pasamiento”, “trance”, “tránsito”, “sueño eterno”, “guadaña” o “huesuda”), es decir, temor al inexorable y putrefacto fin que a todos los seres vivos sin excepción

hombres-dioses, con el propósito de ser más capaces de servir las funciones de mediadores entre Dios y la humanidad. Todos los poderes del Cielo y de la Tierra les son concedidos”. (Papa Esteban V de la Iglesia católica, de 885 a 891)

³⁰ En esta cultura se creía que el cuerpo sobrevivía junto con el espíritu, por eso al final de la procesión funeraria se le abrían los orificios a la momia para que esta pudiera realizar en el *Amentí* (el Paraíso) todas sus funciones biológicas, como respirar, comer, orinar, copular, etc. Pero sería el corazón donde se anudaría el alma, centro de toda actividad vital, moral, emocional y sentimental (aún lo manifestamos cariñosamente). Por eso, los embalsamadores restituían el corazón a su lugar original tras ser cuidadosamente tratado, mientras que el resto de las vísceras se guardaba en unos vasos (*canopos*) y el cerebro se desechaba.

³¹ VALLEJO, Fernando. *La puta de Babilonia*. Bogotá: Planeta, 2010, p. 163.

alguna les sobreviene algún día. Una cruda realidad de la que se huye de diversas maneras: llevando vidas apresuradas y consumistas en las que más vale no reflexionar sobre este punto final para no romper con el “encanto”; desde su etimología, el cementerio ya es visto como un “dormitorio”; a los fallecidos les bajan los párpados para que se vean dormidos; en las noticias, ahora se les llama “cuerpos” a los muertos; en las funerarias se maquillan los cadáveres para que parezcan vivos; los osarios van desapareciendo; con la cremación se pretende no dejar rastro alguno de este nauseabundo hecho biológico para dejar atrás la imagen mortuoria (entre más pronto se despache el asunto, menos dolor); a los moribundos prefieren no decirles que van a morir; los camposantos poco a poco son desplazados a las afueras de la ciudad (lejitos, lejitos)... Y las religiones contrarrestan toda esta pesadumbre sacando todo su arsenal mercadotécnico, prometiendo reencarnaciones, resucitaciones, transmigraciones, metempsicosis, cielos, paraísos, nirvanas, jardines, felices campos de caza, Valaskjalf, Campos Elíseos y demás paliativos y recetas escapatorias que se adicionan a la contraparte mercantilista que anuncia amenazas como el infierno, el purgatorio, el apocalipsis, el Gehena, el Hades, el Tártaro, Karmavacara, Niflheim, bhumis, Jannah, inframundo, Naraka, Diyu, Sheol, karma... En fin, como lo hubiere expresado en el futuro de esta “fantástica” historia el poeta Philip Larkin (“Albada”, 1977): “Ningún truco disipa este modo especial de tener miedo, como la religión solía intentar, ese inmenso, armónico brocado apolillado que se creó para hacernos creer que no moriremos”³².

³² LARKIN, Philip. *Philip Larkin: Poesía reunida*. España: Penguin Random House Grupo Editorial, 2014.

Total, se trata del deseo de pervivir, de obtener una existencia sin límites, de trascender la muerte para salvar la individualidad, la personalidad, todo lo que somos. Son formas empleadas para dotar a la muerte de un sentimiento de vida; una resistencia a aceptar que allí termina todo. Pero lo cierto es que la vida es un chispazo entre dos nada y la muerte acompaña a todos desde antes de nacer; por tal razón no debe considerarse un evento que deba esperarse al final, ya que es algo inherente a la vida. A fin de cuentas, este es un pánico infundado si se atiende con lucidez que “La muerte es algo que no debemos temer porque, mientras somos, la muerte no es, y cuando la muerte es, nosotros no somos” (Antonio Machado, parafraseando a Epicuro de Samos)³³.

38

Tal convicción en una vida *post mortem* ha llevado a los creyentes a una devaluación corporal latente y manifiesta³⁴, a la renuncia de sí, a querer perder contacto con lo real, a un afán por no ser más cuerpo, al anhelo de vivir en una realidad incorporeal sin ataduras al mundo terrenal para finalmente obtener la cacareada Salvación y vivir indefinidamente

33 Antonio Machado, el poeta y su doble: Intervenciones del simposio celebrado en la Universidad de Barcelona los días 14, 15 y 16 de marzo de 1989. Disponible en <https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=8582> [Consultado el 10 de enero de 2016].

34 Siempre se ha tenido por el cuerpo y sus necesidades un desdén sin contemplaciones, como las exaltaciones místicas y ascéticas que santos, beatos, preladados, feligreses y demás creyentes radicales han exhibido con el autocastigo, la privación alimentaria, la abstinencia sexual, la reclusión y demás penitencias y martirios corporales. Desde arrancarse los testículos por un versículo (como lo hiciera Orígenes, padre de la Iglesia católica que se capó él mismo siguiendo de manera literal lo dicho en Mateo 19, 12, aunque otras culturas ya lo habrían hecho antes, como en Babilonia, Líbano, Chipre, Siria, Fenicia y en los cultos de Artemisa en Éfeso, de Osiris en Egipto, de Frigio a Cibeles y Atis, etc.) hasta ofrendar la propia vida como testimonio de fe. Aun hoy se registran todo tipo de padecimientos en atentados suicidas, en la Semana Santa y demás expresiones religiosas, bajo la motivación del sacrificio a Dios, por sumarse al dolor de Cristo, por la purificación, por la Salvación, por sentimientos de culpa o por simple y llana búsqueda de reconocimiento social.

felices en un más allá del que, a ciencia cierta, no se ha podido tener recado o postal alguno desde que el mundo es mundo, frente a un “más acá” visto como poco atractivo, pasajero, expiatorio y caótico; un mundo transitado en un cuerpo vulnerable, corrupto, enfermizo y finito, condenado a la decadencia y la desaparición, es decir, algo incompatible con la eternidad. De tal modo, no hay para ellos una motivación suficientemente válida para vivir en pleno el ahora, cuando lo verdaderamente trascendental aguarda en un paraíso de ensueño. Una “segunda oportunidad” que se espera que algún día llegue como un Santo advenimiento, una Segunda venida, parusía o Apocalipsis³⁵; sentimiento que ha conducido al anhelo de una pronta descorporeización, o sea, a la interiorización de una negación por la vida presente; por esta razón, los humanos crédulos están más dados a la cura que a la prevención, a vivir más en el mañana y en la espera (la esperanza) que en el ahora. Como lo supo rescatar Nietzsche:

El concepto de “Dios” fue inventado como antítesis de la vida: concentra en sí, en espantosa unidad, todo lo nocivo, venenoso y difamador, todo el odio contra la vida. El concepto de “más allá”, de “mundo verdadero”, fue inventado con el fin de desvalorizar el único mundo que existe, para no dejar a nuestra realidad terrenal ninguna meta, ninguna razón, nin-

³⁵ Al colmo de que muchos cristianos continúan a la espera del “arrebataamiento”, es decir, que sean arrastrados físicamente hacia las nubes el día del Juicio Final junto con los demás “elegidos” (como supuestamente les pasó a Enoc, Isaías, Jesús, María...); muy al estilo de las películas de Steven Spielberg, donde las naves espaciales abducen a los terrícolas en un chorro de luz. ¿Creencias inofensivas? Pues no: “Muchos líderes de sectas destructivas actuales tienen el Apocalipsis de Juan como libro de cabecera para fundamentar muchas de sus alucinaciones y abusos; algunos de ellos (como Charles Manson, Jim Jones, David Koresh, etc.) se han basado en pasajes de este texto para desencadenar y justificar el asesinato de decenas de personas”. Cfr. RODRÍGUEZ, Pepe. *El poder de las sectas*. Barcelona: Ediciones B, 1989.

gún quehacer. El concepto de “alma”, de “espíritu”, y en fin, incluso de “alma inmortal”, fue inventado para despreciar el cuerpo, enfermarlo —volverlo “santo”—, para contraponer una espantosa despreocupación a todo lo que merece seriedad en la vida, a las cuestiones de la alimentación, vivienda, régimen intelectual, asistencia a los enfermos, limpieza, clima.³⁶

Así, centurias después de la época de Akenatón, en el siglo VII a. C., a unos 500 kilómetros de la necrópolis egipcia, se encontraba un pueblo bullicioso y polvoroso de apenas 60 hectáreas y quince mil habitantes, llamado Jerusalén, donde una serie de escribas, sacerdotes, funcionarios de la corte, campesinos y profetas empezaron a compilar en épocas históricas distintas las primeras tradiciones del antiguo Israel en unos libros titulados Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio³⁷, más exactamente en los patios del palacio real de la dinastía davídica y en el Templo del Dios de Israel, en medio de un culto a la monolatría que se puede apreciar en varios apartes del Antiguo Testamento (Ex 20, 3; Dt 6, 14-15, etc.) donde se encuentran cosas como “Dios se levanta en la reunión de los dioses; y en medio de los dioses juzga” (Sal 82, 1). Henoteísmo que se mantendría imperante desde el Jardín del Edén hasta la aparición de Abraham, el patriarca que comenzó a concentrarse en un solo dios, pues, según estos relatos, fue Él quien lo eligió para que se convirtiera en el padre de una gran nación. Y porque adorar a otros dioses empezó a significar incluso la muerte:

³⁶ NIETZSCHE, Friedrich. *Ecce homo. Como se llega a ser lo que es*. Lincoln: Alba, 1999, p. 278.

³⁷ Estas tradiciones se fueron cristalizando gradualmente a lo largo de 600 años (alrededor de los años 1000 a 400 a. de C.), pero la mayoría de estos escritos se compusieron, al parecer, mucho más tarde, a partir del siglo V al II a. C., en los períodos persa y helenístico.

Si tu hermano, hijo de tu padre o hijo de tu madre, tu hijo o tu hija, la esposa que reposa en tu seno o el amigo que es tu otro yo, trata de seducirte en secreto diciéndote: “Vamos a servir a otros dioses”, desconocidos de ti y de tus padres, de entre los dioses de los pueblos próximos o lejanos que os rodean de un extremo a otro de la tierra, no accederás ni le escucharás, tu ojo no tendrá piedad de él, no le perdonarás ni le encubrirás, sino que le harás morir; tu mano caerá la primera sobre él para darle muerte, y después la mano de todo el pueblo. Le apedrearás hasta que muera, porque trató de apartarte de Yahveh tu Dios, el que te sacó del país de Egipto, de la casa de servidumbre. (Dt 13, 7-11)

No vayáis detrás de dioses ajenos, de los dioses de los pueblos que están en vuestros contornos, porque Jehová, tu Dios, que está en medio de ti, es un Dios celoso; su furor se inflamaría contra ti y te haría desaparecer de sobre la tierra... (Dt 6, 14-15)

De modo que para frenar la aceptación de otras deidades por parte de los antiguos israelitas y sus vecinos (filisteos, fenicios, arameos, amonitas, moabitas y edomitas), el rey Josías tomó medidas “akenatónicas” al respecto:

Los dirigentes jerusalemitas del siglo VII, encabezados por el rey Josías (descendiente del rey David en la décimo sexta generación), declararon anatema cualquier rastro de culto extranjero, considerándolo, de hecho, causa de las calamidades que afectaban a Judá... emprendieron una vigorosa campaña de purificación religiosa... destruyendo templos y declarándolos origen del mal... se reconocería al templo de Jerusalén como el único y legítimo lugar de culto para el pueblo de Israel. Con aquella innovación habría nacido el monoteísmo moderno³⁸.

³⁸ Cfr. FINKELSTEIN, Israel y SILBERMAN, Neil. *La Biblia desenterrada. Una nueva visión arqueológica del antiguo Israel y del origen de sus textos sagrados*. Madrid: S. XXI de España, 2007, p. 21.

Pero ¿a qué percepción del cuerpo condujo finalmente esta historia de almas, dioses y paraísos eternos? Pues ni más ni menos que al desprecio más profundo que mentalidad colectiva alguna haya profesado sobre el cuerpo humano a causa de la exaltación dirigida hacia una presunta alma, donde “El espíritu es el que da vida; la carne no sirve para nada. (...)” (Jn 6, 63). Así es, el Nuevo Testamento tampoco ahorraría esfuerzos en continuar elevando aun más la idea del alma en detrimento de un cuerpo cosificado que solo cobra importancia en tanto sea medio para preservar el alma y llegar a Dios, de otro modo es una piedra en el zapato para alcanzar la salvación eterna. Por eso algunos pasajes (1 Cor 3, 16-17; 6, 19-20, etc.) que parecieran recobrar la posición digna del cuerpo al considerarlo sagrado por ser santuario y templo de Dios y del alma, son falsos reconocimientos donde este no pasa de ser un instrumento, un cascarón, una funda, un títere, una vaina, un habitáculo, un sobreañadido o envoltorio de algo valioso que justifica su existencia.

Y esta animadversión por el cuerpo se encuentra en expresiones bíblicas por doquier, tan denigrantes, misantrópicas y ególatras como: “Si alguno viene donde mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío” (Lc 14, 26), hasta el desamor corporal más infame: “Por eso os digo: No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?” (Mt 6, 25). También: “Y si tu mano te es ocasión de pecado, córtatela. Más vale que entres manco en la Vida que,

con las dos manos, ir a la gehena, al fuego que no se apaga. Y si tu pie te es ocasión de pecado, córtatelo. Más vale que entres cojo en la Vida que, con los dos pies, ser arrojado a la gehena. Y si tu ojo te es ocasión de pecado, sácatelo. Más vale que entres con un solo ojo en el Reino de Dios que, con los dos ojos, ser arrojado a la gehena” (Mc 9, 42-47). Y de un primitivismo corporal tal como que “Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual” (Ro 12,1) y demás lecciones tribales que invitan a desprenderse del cuerpo con tal de conseguir subir al reino de los cielos y sentarse a la diestra del Dios Padre. Enseñanzas que, es importante anotar, son similares al combustible ideológico coránico que ha impulsado a muchos terroristas religiosos a cometer grandes atrocidades (ínmolaciones, detonaciones, masacres, guerras, etc.) para convertirse en mártires. ¿Qué son parábolas? Caray, resulta inaceptable que un ser de inconmensurable poder, sabiduría y bondad (omnisciente, omnipotente, omnipresente... capaz de detener el sol —Jos 10, 12-13—, de dividir el mar—Ex 14, 21-22; Jos 3, 15-16—, etc.) haya tenido que recurrir a simbologías pudiendo expresar su mensaje de manera tan clara que estuviera al alcance de todos. ¿No le habría evitado esto a la humanidad tantas confusiones, discordias y derramamientos de sangre?

Es entonces este mosaico de mitos, prejuicios, contrariedades, “profecías”, plagios, registros históricos, propagandas monárquicas, dichos populares, adaptaciones, proverbios, refranes, memorias, poesías antiguas, composiciones originales y anécdotas el que, por diversos motivos e

intencionalidades (pérfidas, sugestivas, ingenuas, caprichosas, crédulas, buenas, ambiciosas, amañadas y hegemónicas) se fue convirtiendo en “(...) una antología caóticamente improvisada de documentos inconexos, compuesta, revisada, traducida, distorsionada y “mejorada” durante nueve siglos por cientos de autores, editores y copistas anónimos, desconocidos para nosotros y principalmente desconocidos entre ellos”³⁹, que terminó agrupándose en lo que hoy se conoce como la Biblia, la guía moral de miles de comunidades en la Tierra. No obstante, este paradigma “espiritual” no sería el único maná ideológico del que se alimentarían las convicciones dualistas y mortificantes del cuerpo teológico cristiano, sino de una línea de dogmas y especulaciones venidas de personajes tan renombrados como Platón, Aristóteles, Agustín de Hipona, Tomás de Aquino, Descartes, entre otros.

44

Desde estos albores, los credos y demás conjeturas instintivas empezarían a conducir el alma exógena hacia el cráneo. Acuérdense que fue identificada inicialmente en el entorno con las fuerzas naturales, luego el espíritu residió en el corazón (víscera que aún hoy se concibe como una metáfora de los sentimientos), después migró a los sentidos, encarnando virtudes, defectos, experiencias y facultades; posteriormente se encontró en la respiración y, finalmente, se ubicó en la cabeza⁴⁰. Actualmente reside en el lóbulo frontal⁴¹, lugar donde hoy los neurocientíficos reconocen

³⁹ DAWKINS, Richard. *El espejismo de Dios*. 3.ª Ed. Madrid: Espasa, 2007, p. 253. Citando a Lane Fox (1992) y Berlinerblau (2005).

⁴⁰ Hoy se sabe que la interrupción de la respiración ha dejado de ser el indicador de muerte. Actualmente es el encefalograma el que determina el momento en el que alguien deja de vivir.

⁴¹ NEWBERG, Andrew. *Principios de neuroteología*. Burlington: Ashgate, 2010.

el alma como el mismo yo consciente, es decir, “una banal fusión de neuronas en el cerebro⁴²”, un órgano de gran neuroplasticidad, forjado por la naturaleza para conocer y conocerse, resolver problemas y crear; siempre dispuesto a revelar sus secretos a otros cerebros curiosos, disciplinados y ecuánimes; un órgano iluso en el que todas aquellas actividades neurales adaptativas señaladas han sido orquestadas por los genes en su afán de sobrevivir.

Recuérdese también que las palabras “alma”y “espíritu”se originaron en el aire, el aliento o el soplo (de vida). Siendo pertinente redondear que la palabra “psique”o “psiquis”proviene del griego *psico*⁴³ y toma su nombre de “alma”porque:

El verbo *psycho* significa “soplar”y *psyché* es el “soplo o hálito” que exhala el moribundo. La *psyché* sale volando de la boca del que muere, según cuenta muchas veces Homero (como una mariposa, que también es en griego *psyché*). Luego ha pasado a significar la “vida”, que también se escapa del cadáver. Y “alma”, como una imagen etérea del muerto, una especie de figurilla o doble del difunto, un eidolon, que va a parar al ámbito infernal del Hades, donde pervive de modo sombrío y fantasmal.⁴⁴

45

Por eso, que el significado de la palabra “psique”se mantenga aún como alma sin más acepciones, al margen

⁴² CRICK, Francis. *La hipótesis sorprendente. La búsqueda científica del alma*. Madrid: Debate, 2003.

⁴³ Prefijo que forma parte de la voz “psicología”, palabra que fue utilizada por primera vez por el poeta y humanista cristiano Marko Marulić en su libro *Psichiologia de ratione animae humanae* a finales del siglo XV o comienzos del XVI. Y que, “inexplicablemente”, aún se encuentra definido en muchos diccionarios, entre ellos el de la Real Academia Española (de raigambre católica), solo como: “el alma humana”.

⁴⁴ GARCÍA GUAL, Carlos. *Cuerpo y alma. De Homero a Platón*. Universidad Complutense: *Revista cuatrimestral de humanidades*, Año 11, N° 32, 2004, p. 47.

de los adelantos neurocientíficos, es inaceptable para el diccionario que tiene por función ilustrar, ya que la ciencia no considera el antediluviano sentido de psique como un principio vital, inmortal e incorpóreo, sino como la capacidad de entender y razonar, como una actividad donde “la mente representa una serie de funciones producidas por el cerebro. La transformación de las señales neurales en las redes de neuronas (...) da lugar a la actividad mental”⁴⁵. Y de paso, tómesese en cuenta con esta última definición que la mente ya no se encuentra solo en el cerebro, sino en todo el cuerpo: esto quiere decir que no hay un lugar específico de este que se ocupe de conocer, sino que su totalidad lo hace. Seguidamente, debe apuntarse que todas estas concepciones prelógicas sobre el alma y dios o los dioses, que hoy pudieran parecer infantiles para alguien con mentalidad científica, fueron ideas significativas en épocas primitivas para contener una avalancha de preguntas (filosóficas y pragmáticas) que en ese momento no tenían explicación y poder sobrellevar así tiempos de tanta vulnerabilidad, cuando la esperanza de vida media al nacer era de 33 años. El problema es que aún hoy persista en muchos cerebros esta clase de racionalidades prehistóricas, especialmente en momentos y espacios serios.

Todo apunta a que Platón fue quien publicitó la idea de dividir al ser en cuerpo y alma, como dos entidades irreconciliables. Pero, a decir verdad, la “novedosa” concepción la tomó de una secta religiosa que tenía por dios a un maestro de los encantamientos, médico, cantor y trágico viajero del más allá, de nombre Orfeo, quien descendió al reino de los muertos por amor, para regresar a su esposa Eurídice a la

⁴⁵ KANDEL, E. R. *Principles of Neural Science*. North-Holland: Elsevier, 1996.

vida. Los órficos —como los demiurgos del pasado y los actuales testigos de Jehová—, tocaban de puerta en puerta llevando su credo por todas las ciudades de la antigua Grecia, predicando lo que ocurría después de morir y lo que debía hacerse para gozar de una mejor vida en la ultratumba. Esto no era muy bien recibido por una cultura que tenía ya su propia genealogía de dioses, la de Hesíodo.

Así, tal vez, este aristócrata filósofo de amplios dorsales, luego de vacilar con desgano si abrirles la puerta o no, terminaría atraído por la doctrina de aquellos representantes órficos que hablaban de la reencarnación, de la posibilidad de que el cuerpo sobreviviera a la muerte gracias al alma; un alma que, dependiendo de su pureza (incluyendo para ello la abstención sexual), recibiría en el más allá premios o castigos. E incluso le fue rezada la patética noción del cuerpo (entiéndase la vida misma) como una prisión o tumba para el alma, que era esclavizada por las pasiones de la carne. En resumidas cuentas, se presentó el cuerpo como un verdadero obstáculo o enemigo para alcanzar la felicidad y la verdad en el mundo de las ideas; así las religiones aún insisten en verlo: como un mero trampolín a la eternidad.

Pero si para Platón era un alma quínestésica y tripartita que funcionaba como un carruaje, donde el cochero era el alma racional que conducía al caballo de las pasiones y al de los apetitos, y la muerte era la única escapatoria para que el inmortal espíritu se liberara de un corrupto, concupiscente e irracional cuerpo, su discípulo Aristóteles —aunque le cuadró el asunto del alma como principio vital— no le dio todo el crédito, pues creía que ella necesitaba del cuerpo

para existir. De modo que, no contento con las tres almas de Platón, sumó dos más a este desmembramiento ontológico en su *Tratado del alma*: la nutritiva y la fuerza motriz (a las otras les llamó sensitiva, apetitiva y racional). Y aunque en la percepción aristotélica aparentemente se reivindica al cuerpo y se eleva a la más alta de las consideraciones, no deja de ser un trozo de la identidad humana que sirve para mediar entre el alma y la realidad, un simple trebejo para establecer contacto con la excelentísima dimensión espiritual como la mayor significación del ser humano.

Sería este cuerpo, el mismo adminículo que más adelante repercutiría en la ética corporal de los padres de la Iglesia, agudizando aún más la idea del cuerpo como un pecaminoso bulto de carne, como un estorbo para alcanzar la felicidad eterna con Dios, como “el tabernáculo del Espíritu Santo” y “el abominable vestido del alma”⁴⁶. Creencias cristianas que de no ser aceptadas, debe acentuarse, lleva a quien opina a ser excluido de Su presencia y sufrir “la pena de una ruina eterna” (2 Ts 1, 9) “en el infierno”⁴⁷ (Mc 9,

48

⁴⁶ La primera expresión entrecomillada es de Pablo de Tarso, el creador del cristianismo. Y la otra es de Gregorio Magno (540-604), papa, padre, doctor y santo de la Iglesia católica, creador de la idea del purgatorio, aquel lugar donde las almas de los que mueren pagan sus culpas. Para mayor información véase a PERNIOLA, Mario. Entre vestido y desnudo. En R Nadaff, N. Tazi, y M. Feher (Coords.). *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*. Vol. 1, España: Taurus, 1992, pp. 237-266.

⁴⁷ Sin embargo, este dogma de fe en el que se basa gran parte de la doctrina cristiana, se apagó el 28 de julio de 1999 cuando en la editorial jesuita de la revista *La Civiltà Cattolica* se aclaró que el infierno “no es un lugar físico sino un estado personal en el que el individuo sufre la ausencia total de Dios”. Seguidamente, Juan Pablo II declaró en una de sus catequesis: “el infierno, más que un lugar, indica el estado en que se hallan aquellos que voluntaria y definitivamente deciden separarse de Dios”. De modo que de lo que ha de salvarse el no creyente es de caer en un estado mental o de ánimo. Pero para colmo de las componendas, Benedicto XVI desmiente a su antecesor en su encíclica *Spe Salvi* y también el 30 de abril de 2007, en una reunión con unos párrocos romanos con motivo de la Cuaresma, cuando dice que el infierno sí existe (como lugar físico) y es eterno. Infierno, por cierto, que es importante decirlo, no entró en funcionamiento hasta el Nuevo

43-49; Mt 13, 40-42). Un destino fatídico que muchos teólogos han considerado un merecido bien que no resisten disfrutar abiertamente cuando no se cree u obedece el evangelio de Jesucristo:

¡Ah, qué magnífica escena! ¡Cómo reiré y me sentiré contento y exultante cuando vea a esos sabios filósofos, que enseñan que los dioses son indiferentes y que los hombres no tienen alma, asándose y quemándose ante sus propios discípulos en el infierno! (Tertuliano, padre de la Iglesia católica, en *De spectaculis*)

Para que los santos puedan disfrutar más abundantemente de su beatitud y de la gracia de Dios, se les permite ver el castigo de los malditos en el infierno. (Tomás de Aquino, padre de la Iglesia católica, en *Suma teológica*)

Desde luego, los pronunciamientos de ahora son diplomáticos, sin ser tan mortíferamente excluyentes⁴⁸:

Los cristianos no católicos están en una situación gravemente deficiente en comparación con aquellos que, en la Iglesia Católica Romana, tienen en plenitud los medios de salvación. (Joseph Ratzinger)⁴⁹

Testamento con Mateo (5, 22), pues en el Antiguo no se extraditaba a este lugar, sino que se castigaba de otras maneras: diluvios, plagas, degollaciones, etc.... ¿Qué será ahora del infierno con el papa Francisco?

⁴⁸ El Maestro tenía un poco menos tacto: “Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará”. (Mc 16, 15-16). Y Dios ni se diga: “y que todo aquel que no buscase a Yahveh, el Dios de Israel, moriría, desde el pequeño hasta el grande, hombre o mujer”. (2 Cr 15, 13). Tampoco Alá, el otro “Dios verdadero”, se anda con rodeos: “¡Oh, ustedes que creen! Asesinen a los que no son creyentes (...) y que encuentren dureza en ustedes” (Corán, *Arrepentimiento*, 123).

⁴⁹ Afirmación hecha por el expapa Benedicto XVI el 6 de septiembre de 2000 cuando era cardenal, conjuntamente con la Congregación para la doctrina de la fe y el papa Juan Pablo II. Aseveración que tiene sus raíces en la bula *Unam Sanctum* del papa Bonifacio VIII (1294-1303) en la cual dogmatizó: “Nosotros afirmamos y declaramos definitivamente que es necesario, para la salvación, que todo ser humano sea sujeto al pontífice de Roma” (1302); el mismo pervertido sexual que pronunció: “El darse placer a uno mismo, con mujeres o con niños, es tanto pecado como frotarse las manos”.

¿O se imaginan lo que podría generar hoy una declaración papal como la que sigue?:

Más aún prometo y declaro que, cuando la oportunidad se presente, haré la guerra sin descanso, secreta y abiertamente, contra todos los herejes, protestantes y liberales, como se me manda que haga, y que los extirparé y exterminaré de la faz de la Tierra entera, y que no dejaré en pie a nadie, sea cual sea su sexo, edad o condición, y que colgaré, mataré de hambre, herviré, desollaré, estrangularé y enterraré vivos a esos infames herejes; desgarraré los estómagos y los úteros de sus mujeres y aplastaré las cabezas de sus niños contra la pared, para aniquilar para siempre su execrable raza. (Papa Pablo III, 1545)

50

De modo que el barniz de la compasión y la fraternidad que muchos cristianos modernos lucen hoy, lo que en verdad recubre es un antiguo sentimiento maniqueo que destila prevención, antipatía y aversión hacia todo aquello que no comulgue con lo que ellos creen. Pero el origen de esta fobia no es difícil de rastrear, se puede encontrar (entre muchos otros pasajes intolerantes) en el libro de Lucas, capítulo 11, versículo 23: “El que no está conmigo, está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama”. ¡Habrase visto una posición más hostil, excluyente y descalificadora que esta, máxime proviniendo del “Príncipe de paz”! Aquí Jesús —o mejor, el tendencioso evangelista que escribió esto y que muy seguramente junto a otros escribientes participó de la desfiguración de muchos más de los pasajes mencionados aquí— se raja en modestia intelectual. Cero en respeto al libre pensamiento. ¿No habría sido más apropiado y digno de encomio algo así como: “Respeto siempre el derecho de los demás a estar en desacuerdo contigo?”.

En definitiva, la suerte que estos santos le deparan a los que no creen es dantesca; y según este criterio, no solo a los escépticos les debe caer esta maldición, sino a los sambenitos cuerpos que nacieron antes de que se escribiera la Biblia y, por consiguiente, anteriores a las enseñanzas de Jesús; también a los que fallecieron antes de ser bautizados, así como a los seguidores de religiones paganas y a los que no han tenido dios alguno en sus meditaciones (budistas, jainistas, confucionistas, taoístas, etc.) y etnias “atrasadas”⁵⁰, milenarias, desaparecidas y actuales, que no se han comido el cuerpo de Cristo ni bebido su sangre. En este orden de convencimientos, cabría preguntarle a los conocedores de la Palabra, ¿solo los *Homo sapiens* reciben los beneficios de la Salvación? Y los demás *Homo: neandertales* (los primeros en intuir un “más allá”), *antecesor, ergaster, habilis, erectus, australopithecus* y demás antepasados nuestros, ¿se condenaron? ¿No tenían alma?⁵¹ ¿Pedro no les abrió las puertas del cielo...? Quizás el diálogo que se recrea a continuación dé una pista importante para salir de este “misterioso dilema” moral teísta:

51

⁵⁰ Como el feliz y singularísimo pueblo amazónico pirahã, que no ha tenido nunca interés en tener religión o dios alguno en su cultura ante la insistencia de los misioneros. Disponible en http://www.newyorker.com/reporting/2007/04/16/070416fa_fact_colapinto [Consultado el 10 de mayo de 2016].

⁵¹ La conjetura fantasmagórica del alma también resulta inexplicable en la ontogénesis: “¿Cuándo obtenemos el alma? ¿Cuando el óvulo es fecundado por el espermatozoide? ¿En la etapa de mórula o gástrula? ¿Cómo está seguro? (...) ¿Los siameses tienen un alma o dos? Si a una persona le tienen que amputar los brazos y las piernas ¿una parte del alma se va con ellos? ¿O se acomoda el alma en el resto del cuerpo? (...) ¿Qué pasa con el alma en un enfermo de Alzheimer? ¿No debería el alma retener la identidad de la persona aún el cerebro se encuentre en intenso estado de deterioro?, ¿o es que abandona al paciente cuando el cerebro olvida quién es?, ¿se genera entonces otra alma para esta nueva persona sin identidad que surge de la enfermedad?” (Glenys Álvarez en *¿Qué pasa con el alma cuando se pierde la identidad?* Abril de 2010. Disponible en <http://www.sindioses.org/colGlenys/glenys20100413.html>. [Consultado el 23 de julio de 2016]).

—Esquimal: Si yo no supiera sobre Dios y el pecado, ¿me iría al infierno?

—Sacerdote: No, no si no supieras.

—Esquimal: Entonces, ¿por qué me lo has contado?

(Anónimo)